

Antropología en el quijotismo (Psiquiatría-Biología-Metafísica)

Autoría: Francisco López Pérez

TIPO	PÁGINAS	IDENTIFICADOR
Ensayo médico y filosófico	169-177	TDL-79-2022-169-177

RESUMEN DOCUMENTAL

Ensayo sobre las dimensiones antropológicas, psiquiátricas, biológicas y metafísicas de Don Quijote de la Mancha. El autor revisa interpretaciones de Ramón y Cajal, Ortega y Gasset y otros pensadores interesados en la psicología de Alonso Quijano y en la relación entre Don Quijote y Sancho. El artículo entiende el quijotismo como espacio de diálogo entre literatura, medicina, filosofía y cultura para analizar identidad, imaginación, voluntad y conducta.

PALABRAS CLAVE

Don Quijote · Cervantes · quijotismo · psiquiatría · antropología · Ortega y Gasset · Ramón y Cajal

CITA BIBLIOGRÁFICA

Francisco López Pérez. «Antropología en el quijotismo (Psiquiatría-Biología-Metafísica)». Torre de los Lujanes, n.º 79, 2022, pp. 169-177. ISSN 1136-4343.

Antropología en el quijotismo

(Psiquiatría-Biología-Metafísica)

Por
Dr. Francisco
López Pérez

A lo largo de la Historia Universal, en muchas ocasiones, la Historia de la Literatura y de la Filosofía han ido íntimamente entrelazadas. Un buen ejemplo son los matices antropológicos, psiquiátricos, psicológicos y metafísicos que adornan la gran obra de Cervantes: “Don Quijote de la Mancha”.

Diferentes científicos y filósofos de la Generación del “98” y de la Generación del “27” se han interesado por las emociones y vivencias que Don Quijote y Sancho Panza vivieron y protagonizaron en sus múltiples aventuras. Todos estos aspectos han sido incluidos bajo el paraguas antropológico del denominado “Quijotismo”.

Se puede considerar a la Historia de la Literatura y de la Filosofía como la “Historia de las Ideas”. Ha sido en este contexto en el que Ramón y Cajal por un lado y Ortega

y Gasset por otro, manifestaron e interpretaron a principios del siglo XX los valores antropológicos que encerraba la gran obra de Cervantes. Ellos, como auténticos “cervantistas”, se interesaron por los detalles psicológicos, psiquiátricos y biológicos que encerraba el “Quijotismo”.

Ramón y Cajal, ya en el año 1905, en una conferencia en la Facultad de Medicina de San Carlos de Madrid (con motivo de una sesión conmemorativa del tricentésimo aniversario de la primera edición del Quijote) se interesó por el cerebro de Don Quijote de la Mancha. No lo hizo desde un punto de vista biológico sino, más bien, desde el interés por los aspectos psicológicos y psiquiátricos que impregnan a este personaje de Cervantes.

De este modo Ramón y Cajal nos comenta cómo aquel hidalgo manchego, Alonso Quijano, supera el exceso de “idealismo” que lleva en el cerebro para que, impregnándolo con matices de honor y altruismo, comience a leer los disparatados libros de caballería. Y ocurrió que, después de mucho leer y poco dormir, abandonó su hacienda y sus deberes administrativos y se convirtió en “andante caballero”. En aquella conferencia Ramón y Cajal hizo afirmaciones muy curiosas. Por ejemplo, analizando la psicología del genio de Cervantes afirma que, por fuerza, éste debió de tener algo y mucho de Don Quijote y éste algo y mucho de Cervantes. Tan es así, continúa comentando Ramón y Cajal, que muchas de las emociones y vivencias de Don Quijote serían el vivo retrato, el espejo de la personalidad y conciencia del mismísimo Cervantes. Es decir existiría un parentesco espiritual y psicológico entre Cervantes y Don Quijote. Y es en este momento, en este enlace psicológico entre autor y protagonista, cuando Ramón y Cajal nos advierte de que en Don Quijote se manifiesta un “yo hipertrófico”. Nos comenta Ramón y Cajal que ese “yo hipertrófico” se manifiesta en el cerebro de Don Quijote

impregnado de voluntad y energía y se materializa en el “caballero andante” conquistador de almas y de tierras. Don Quijote se dirige a Sancho, tras salir airoso en una de sus aventuras, diciéndole: ¿Has visto tu más valeroso caballero que yo? Hay en efecto, continúa Cajal, un “ego hipertrófico” que no sería más que el estado de su espíritu que piensa en el prójimo y en sus “circunstancias”. Y es precisamente en este altruismo y “ego” con el que Cervantes dota a Don Quijote, donde Ramón y Cajal observa ciertos rasgos patológicos y se hace este interrogante: ¿por qué Cervantes no hizo cuerdo a su héroe? Más adelante volveremos sobre este interrogante.

Pues resulta, insiste Ramón y Cajal, que tanto en la literatura como en el arte no se exige necesariamente la locura pero sí en el caso de Don Quijote que, como personaje apasionado y vehemente, en sus ansias de equidad y de justicia se salió de sus casillas para luchar contra el egoísmo y la deslealtad. Y ocurrió que al convertirse Alonso Quijano en Don Quijote se impregnó de la “naturaleza” y de la “circunstancialidad” que le rodeaba.

Y aquí es donde debemos citar la figura de Ortega y Gasset que, años más tarde (1914) publica su primer libro: “Meditaciones del Quijote”. Ortega y Gasset observa en el “Quijotismo” rasgos cartesianos y kantianos. Este filósofo ve cierta similitud y extrapola la “filosofía idealista” de Descartes y Kant: “Yo pienso, luego soy” y la “Razón Pura”. Es pertinente citar aquella escena en la que Don Quijote, maltratado y herido, se encuentra con un labriego vecino suyo que lo reconoce y queda impresionado por su mal estado tras unas aventuras vividas. El labriego pregunta a Don Quijote por su identidad y éste se expresa con una serie de disparates en los que tanto Ramón y Cajal como Ortega y Gasset interpretan que Cervantes dota a su personaje literario de rasgos patológicos. Pues ocurre que Don Quijote le contesta al labriego: “Yo sé quién soy”. Este “Yo

sé quién soy” Ortega y Gasset lo interpreta como una “radical certidumbre” que no sería más que la “circunstancialidad” adversa en la que navega Don Quijote a lo largo de toda la obra de Cervantes.

Es precisamente en su libro “Meditaciones del Quijote” donde Ortega y Gasset expresa aquella “circunstancialidad quijotesca”: “Yo soy yo y mi circunstancia, si no la salvo yo ¡no se salva ella!”. Frase que algunos cervantistas investigadores del “Quijotismo” han interpretado como un “idealismo orteguiano” contrapuesto a la cartesiana: “Yo pienso luego soy”. Observamos cómo tanto Ramón y Cajal como Ortega y Gasset, en sus reflexiones sobre el “Quijotismo” se apoyan en el idealismo cartesiano y kantiano y valoran más la “circunstancialidad” y las “ideas y creencias” en la mentalidad de Don Quijote.

Lo que verdaderamente encierra la gran obra de Cervantes es la manifestación de una serie de valores que, desde el punto de vista científico, ético, moral e incluso sociopolítico, adquirieron vigencia en las primeras décadas del siglo XX y de esta manera dotan de actualidad y notoriedad a la obra de Cervantes. Ortega y Gasset impregna tanto sus “Meditaciones” como sus “Ideas y Creencias” de una evidente “fenomenología”: en la “circunstancialidad” que impregna a Don Quijote y Sancho hay una evidente percepción de lo que ocurre a su alrededor. Son sensibles a la “circunstancialidad” del ambiente en que se materializan sus aventuras. Hace Ortega y Gasset un curioso comentario sobre Cervantes en sus “Meditaciones”: considera la figura de Don Quijote en dos estratos diferentes: “...Don quijote, con minúscula, es un libro y Don Quijote, con mayúscula, es un personaje de este libro...”.

En las últimas décadas del siglo XIX y comienzos del siglo XX, intelectuales como Pedro Rocamora, en su libro “Héroes del 98”, destaca la figura de Ramón y Cajal desde el punto de vista científico,

antropológico y filosófico en lo que él llama “la sombra de Cajal”. Otro intelectual, Pío Baroja, gran lector de Cervantes y de Ramón y Cajal, relata en su emblemático libro “El árbol de la Ciencia” cómo aquel estudiante de medicina Andrés Hurtado contacta por primera vez con la muerte al entrar en la sala de disección. Sufre en ese momento un impacto mental que le hace considerar que, además de estudiar Anatomía y Fisiología, había que tener inquietudes filosóficas y metafísicas. Es decir, apareció en él un “idealismo” y una “circunstancialidad” del mundo que le rodea que, como nos dice Pío Baroja (médico a la sazón), le hace considerar a la Ciencia como una institución humana con propuestas que, a veces, no son definitivas. Pío Baroja expresa en su libro como “... la voluntad, el deseo de vivir, es tan fuerte en el animal como en el hombre”. Pero en el hombre ¡HAY ALGO MÁS! Refiriéndose al “Quijotismo” de Ramón y Cajal y de Ortega y Gasset nos dice que “Don Quijote es un símbolo de la afirmación de la vida”. En definitiva, los tres intelectuales (Cajal, Baroja, Ortega) coinciden en que son de tal intensidad las emociones y vivencias en la personalidad del hidalgo manchego que “....Don Quijote vive más que todas las personas cuerdas que le rodean”.

Llama la atención que, si bien estos “cervantistas” coinciden en considerar a Don Quijote una persona cuerda, también observan en su personalidad una disociación mental, una especie de esquizofrenia. Ellos separan a Don Quijote, como tal personaje literario de lo que ha sido llamado el “Quijotismo”. Es cuando Ortega y Gasset, profundizando en la obra de Cervantes, nos comenta que cuando Don Quijote le dice al labriego “Yo sé quién soy”, no sería más que la expresión de una “filosofía idealista”.

Basándose en estos criterios de Cajal, Ortega y Baroja, otros cervantistas de las últimas décadas del siglo XIX y comienzo del siglo

XX complementaron el “idealismo” de Don Quijote con el “idealismo” de Sancho Panza. De manera que estos cervantistas más modernos se dieron cuenta de que Cervantes también “metamorfoseó” a Sancho. Fue así como el gran autor consideró que la figura de Sancho debía pasar de ser un simple escudero a ser una persona razonable e inteligente. De este modo podía canalizar y dar sentido a aquellos disparates y desvaríos que a veces se daban en el “Quijotismo”. Esto ocurrió en la segunda parte de la obra, en lo que los cervantistas del siglo XX han denominado “la ascensión socrática de Sancho”.

De alguna manera, Ramón y Cajal analiza la primera parte de la novela y, en las “secuencias del Quijotismo”, contrarresta la figura de Sancho a la de Don Quijote, cuando se expresa así: “... aunque nos duela en el alma confesarlo, en España, fuera de sus épocas más gloriosas, si le sobran los Sanchos, le faltaron menudo los Quijotes...”. Pero no es solo Ramón y Cajal, también es Ortega y Gasset consciente de este pesimismo en la “circunstancialidad” que impregna España en las últimas décadas del siglo XIX tanto en la Ciencia como en el “desastre del 98” y el “desastre de Cuba”. Menos mal que después, con Ramón y Cajal a la cabeza, apareció la “Generación del 98” que fue definida por Ortega y Gasset como “la respuesta enérgica y positiva ante el desastre del 98”.

La “Generación del 98” marcó un punto de inflexión en la Historia de España no solo desde el punto de vista científico sino también literario. El historiador Pedro Rocamora, en su obra “Hombres e Ideas del 98” habla sobre “la sombra de Cajal”. Nos comenta cómo Ramón y Cajal ve en la obra de Cervantes una fuente de “humanismo psiquiátrico”. Hasta tal punto que la novela de Cervantes ha sido considerada como una “novela psicopatológica”. Estudiada por psiquiatras y cervantistas del siglo XX, de alguna manera, dieron

una acertada respuesta al interrogante de Cajal: ¿por qué Cervantes no hizo cuerdo a su héroe? En efecto, cervantistas como Cajal, Ortega, Baroja y Unamuno consideraron que hay en Don Quijote un “dualismo”. En esta doble personalidad hay también un marcado “realismo” que se manifiesta en nuestro héroe en amor, templanza y equidad. En definitiva, amor a sus semejantes que no sería más que una evidente “filantropía” con matices psiquiátricos y psicológicos: un “armazón ideológico”.

“Armazón ideológico”, donde los cervantistas del siglo XX vieron una frase afirmativa al interrogatorio de Cajal: ¡Un loco lúcido protagonista del Quijote! Y aclararon esta frase afirmativa ya que, efectivamente, la semántica de loco y locura tienen un matiz descalificativo de insensatez y disparate que, si bien es producto de una patología mental, no es adecuado en su denominación. Pero, hay que decirlo todo: hay abundante bibliografía que considera al hidalgo manchego como un “enfermo mental”. Para ello se basan los cervantistas, en aquella escena ya citada previamente en la que Don Quijote herido se encuentra con un labrador que le pregunta que quién es, y le contesta Don Quijote: “Yo sé quién soy”.

Los cervantistas han considerado a esta frase como producto de una “demencia bipolar”. El mismo labrador se da cuenta de que Don Quijote, molido a palos por la paliza que acaba de recibir, dice una serie de disparates. Pero, si bien Cervantes hace perder la cordura en Don Quijote, justifica estos disparates (nos siguen diciendo los cervantistas) porque tras la paliza le vienen a su mente unas determinadas vivencias. Recuerda el personaje en ese momento a una serie de amigos suyos que, de alguna manera, le sirven de consuelo tras la paliza. En definitiva, estos recuerdos de sus amigos y ¡cómo no! de la simpar Dulcinea, no sería más que la manifestación de su “idea-

lismo” y de las ideas de grandeza para levantar su ánimo, de acuerdo con la interpretación de los cervantistas del siglo XX.

En otro orden de cosas, hay psiquiatras y psicólogos que al analizar el “Quijotismo” han considerado a Don Quijote como poseedor de ideas obsesivas, fijas y delirantes que le atormentan, ya que pretende acumular méritos con los que deslumbrar a Dulcinea. Él quiere ser libre y despejarse de cualquier amor o mujer que no sea Dulcinea. Es en estos momentos, con estos deseos amorosos, cuando los cervantistas ven en la obra de Cervantes el concepto de “libertad”. Estos estudiosos del siglo XX han observado que cuando murió Cervantes, en 1616, eran muy pocos los que se atrevían a hablar del concepto de “libertad”. Se hablaba de “libre albedrío”, que lleva consigo una serie de matices teológicos y morales, pero que nada tienen que ver con el concepto de “libertad” que Don Quijote comparte con Sancho: “...la libertad, amigo Sancho, es uno de los más preciados dones que a los hombres dieron los cielos, con ella no pueden igualarse los tesoros que encierra la Tierra y el Mar encubre; por la libertad, así como por la honra, se puede y debe aventurar la vida, y, por el contrario, el cautiverio es el mayor mal que puede venir a los hombres”.

Y así ha ocurrido que en el concepto de “libertad” que lleva implícito el concepto de “razón” y que aparece en el “Quijotismo”, se adelanta Cervantes en más de una centuria al “idealismo kantiano”, según nos dicen los cervantistas más avezados. Estos mismos estudiosos nos dicen que el análisis del “Quijotismo” desde el punto de vista psicológico y psiquiátrico conduce a interpretar ese concepto de “libertad” sobre el basamento común del “idealismo”. En definitiva, aquel Alonso Quijano que se convierte en Don Quijote de la Mancha, se manifiesta con un altruismo e idealismo que busca

el bien de sus semejantes sin dejar de otorgar un tinte romántico a sus aventuras.

Y es precisamente, en esta vena romántica de Don Quijote donde los cervantistas, aludiendo a Platón y a Aristóteles, han observado cómo Cervantes nos presenta a un Don Quijote filósofo (y enamorado) frente a un Sancho Panza buen consejero (y con sentido común). Los estudiosos del “Quijotismo” han atribuido a Sancho Panza una gran influencia y protagonismo para revelar la parte oculta del carácter de Don Quijote. Una especie de caja de resonancia que le va a servir de instrumento a Don Quijote para inventar a Dulcinea. Lo que Cervantes llamó el “engaño buscado”.

En definitiva, dejemos que antropólogos, psiquiatras y psicólogos sigan investigando los vericuetos platónicos, freudianos y aristotélicos de la personalidad de Don Quijote. Ortega y Gasset, en sus “Meditaciones del Quijote”, comenta de manera sublime cómo Alonso Quijano pone los cimientos que se materializarán en Don Quijote de la Mancha, con gestos heroicos de voluntad y aventura. Esto no sería más que la expresión de la capacidad espiritual e inventiva que Cervantes le otorga a su héroe y que Ortega y Gasset supo resumir en una palabra: cultura.